

Clarice Lispector

**Aprendizaje
o El libro de los placeres**

Traducción del portugués de
Cristina Sáenz de Tejada y Juan García Cayo

 Siruela

Biblioteca Clarice Lispector

Este libro requirió una libertad tan grande
que tuve miedo de darla.
Está por encima de mí.
Intenté escribirlo humildemente.
Yo soy más fuerte que yo.

C. L.

Índice

Aprendizaje o El libro de los placeres

El origen de la primavera o la muerte necesaria en pleno día	13
Luminiscencia	35

*Después de esto miré y he ahí que vi una puerta
abierta en el cielo; y la primera vez que oí, como de
trompeta, que hablaba conmigo, me dijo: «Sube acá y
te mostraré las cosas que han de suceder en adelante».*

Apocalipsis, 4, 1

*Compruebo
Que la más alta expresión
del dolor
Consiste esencialmente
en la alegría.*

Augusto dos Anjos

*Jeanne
Je ne veux pas mourir! J'ai peur!
(...)
Il y a la joie qui est la plus forte!*

Oratorio dramático de Paul Claudel
para música de Honegger,
Jeanne d'Arc au bûcher

**El origen de la primavera
o la muerte necesaria en pleno día**

, estando tan ocupada, había vuelto de hacer la compra que la sirvienta había hecho de prisa y corriendo porque cada vez trabajaba menos, aunque solo viniese para dejar la comida y la cena listas, había hecho varias llamadas de teléfono haciendo algunos recados, incluso una difícilísima para llamar al fontanero, había ido a la cocina para ordenar las compras y disponer en el frutero las manzanas que eran su fruta favorita, aunque no supiese adornar un frutero, pero Ulises le había hecho entrever la posibilidad futura de por ejemplo adornar un frutero, vio lo que la sirvienta había dejado para cenar antes de irse, pues la comida había sido pésima, mientras se daba cuenta de que la pequeña terraza que era la ventaja de su apartamento al ser de planta baja necesitaba una limpieza, había recibido una llamada de teléfono invitándola a un cóctel de caridad en beneficio de alguna cosa que ella no entendió completamente, pero que se refería a su curso primario, gracias a Dios que estaba de vacaciones, fue al guardarropa a elegir qué vestido se pondría para estar extremadamente atractiva para su cita con Ulises que ya le había dicho que ella no tenía buen gusto para vestirse, recordó que siendo sábado él tendría más tiempo porque ese día no tenía que dar la clase del curso de vacaciones en la universidad, pensó en lo que él se estaba transformando para ella, en lo que él parecía querer que ella supiese, supuso que él quería enseñarle a vivir únicamente sin dolor, él había dicho una vez que quería que ella, cuando le preguntaran su nombre, no respondiera «Lori», sino que pudiese responder «mi nombre es yo», pues tu nombre, había dicho él, es un yo, se preguntó si el vestido blanco y negro serviría,

entonces del vientre mismo, como un remoto estremecerse de la tierra, que difícilmente podía considerarse señal de terremoto, del útero, del corazón contraído, vino el temblor gigantesco de un fuerte dolor conmovido, del cuerpo, todo el estremecimiento –y con sutiles máscaras de rostro y de cuerpo finalmente con la dificultad de un chorro de petróleo rasgando la tierra– vino finalmente el gran llanto seco, llanto mudo sin sonido alguno hasta para ella misma, aquel que ella no había adivinado, aquel que no quisiera jamás y no había previsto –sacudida como el árbol fuerte que se conmueve más profundamente que el árbol frágil– finalmente reventados vasos y venas, entonces,

se sentó para descansar y poco después imaginaba que era una mujer azul porque el crepúsculo más tarde tal vez fuese azul, imaginaba que hilaba con hilos de oro las sensaciones, imaginaba que la infancia era hoy y plateada de juguetes, imaginaba que una vena no se había abierto e imaginaba que de ella no estaba en silencio blanquísimo manando sangre escarlata y que no estaba pálida de muerte; pero eso imaginaba que lo estaba de verdad, en medio del imaginar necesitaba hablar de la verdad de piedra opaca para que contrastase con el imaginar verde resplandeciente, imaginaba que amaba y era amada, imaginaba que estaba acostada en la palma transparente de la mano de Dios, no Lori sino su nombre secreto que ella por ahora no podía aún usufructuar, imaginaba que vivía y no que estaba muriendo, pues vivir no pasaba a fin de cuentas de aproximarse cada vez más a la muerte, imaginaba que

no se quedaba de brazos caídos de perplejidad cuando los hilos de oro que hilaba se confundían y no sabía deshacer el fino hilo frío, imaginaba que era lo bastante sabia como para deshacer los nudos de marinero que le ataban las muñecas, imaginaba que tenía un cesto de perlas solo para mirar el color de la luna pues ella era lunar, imaginaba que cerraba los ojos y seres humanos surgirían cuando abriera los ojos húmedos de gratitud, imaginaba que todo lo que tenía no era imaginar, imaginaba que distendía el pecho y una luz doradísima y leve la guiaba por un bosque de presas mudas y tranquilas mortalidades, imaginaba que no era lunar, imaginaba que no estaba llorando por dentro

pues ahora mansamente, aunque con los ojos secos, el corazón estaba mojado; había salido ahora de la voluntad de vivir. Se acordó de escribir a Ulises contándole lo que había pasado, pero nada había pasado que se pudiera decir en palabras escritas o habladas, era bueno aquel sistema que Ulises había inventado: lo que no supiera o no pudiera decir, lo escribiría y le daría el papel mudamente –pero esta vez no había siquiera qué contar.

Lúcida y calmada ahora, Lori recordó que había leído que los movimientos histéricos de un animal apresado tenían como intención liberarse, por medio de uno de esos movimientos, de la cosa ignorada que le estaba apresando –la ignorancia del movimiento único, exacto y liberador era lo que volvía histérico a un animal: apelaba al descontrol–; durante el sabio descontrol de Lori ella ahora había tenido para sí las ventajas liberadoras que procedían de su vida más primitiva y

animal: había apelado histéricamente a tantos sentimientos contradictorios y violentos que el sentimiento liberador había terminado desprendiéndola de la red, en su ignorancia animal ella no sabía siquiera cómo, estaba cansada del esfuerzo de animal liberado.

Y ahora había llegado el momento de decidir si continuaría o no viendo a Ulises. En súbita rebelión no quiso aprender lo que él pacientemente quería enseñarle y ella misma aprender –se rebelaba sobre todo porque aquella no era para ella época de «meditación» que de pronto parecía una ridiculez: estaba vibrando de puro deseo como le sucedía antes y después de la menstruación. Pero era como si él quisiera que ella aprendiese a andar con sus propias piernas y solo entonces, preparada para la libertad por Ulises, fuese de él–, ¿qué es lo que quería de ella, además de tranquilamente desearla? Al principio Lori se había engañado pensando que Ulises quería transmitirle algunas cosas de las clases de filosofía pero él dijo: «No es filosofía lo que necesitas, si así fuera sería fácil: asistirías a mis clases como oyente y yo conversaría contigo en otros términos»,

puesto que ahora el terremoto serviría a su histeria y ahora que estaba liberada podía incluso postergar para el futuro la decisión de no ver a Ulises: solo que hoy quería verlo y, a pesar de no tolerar el mudo deseo de él, sabía que en realidad era ella quien lo provocaba para intentar acabar con la paciencia con la que él esperaba; con la mensualidad que el padre le mandaba compraba vestidos caros y siempre ajustados, era solo esto lo que sabía hacer para atraerlo y

era ya la hora de vestirse: se miró al espejo y solo era guapa por el hecho de ser una mujer: su cuerpo era delgado y fuerte, uno de los motivos, imaginarios, que hacía que Ulises la quisiera; eligió un vestido de tela pesada, a pesar del calor, casi sin formas, la forma la daría su propio cuerpo pero

arreglarse era un ritual que la ponía seria; la tela ya no era simplemente un tejido, se transformaba en materia de cosa y a esa entretela ella le daba cuerpo con su cuerpo –¿cómo podía un simple género lograr tanto movimiento? su pelo lavado por la mañana y secado al sol en la pequeña terraza parecía de seda castaña antigua– ¿guapa? no, mujer: Lori entonces se pintó cuidadosamente los labios y los ojos, cosa que ella hacía, según una compañera, muy mal, se puso perfume en la frente y en el nacimiento de los senos –la tierra estaba perfumada con olor de mil hojas y flores maceradas: Lori se perfumaba y esa era una de sus imitaciones del mundo, ella que tanto buscaba aprender de la vida– con el perfume, de algún modo intensificaba cualquier cosa que ella fuese y por eso no podía usar perfumes que la contradecían: perfumarse era una sabiduría instintiva, adquirida hacía milenios por mujeres que aprendían aparentemente pasivas, y, como todo arte, exigía que ella tuviera un mínimo de conocimiento de sí misma: usaba un perfume levemente sofocante, agradable como humus, como si la cabeza acostada macerarse humus, cuyo nombre no decía a ninguna de sus compañeras maestras: porque era suyo, era ella, ya que para Lori perfumarse era un acto secreto y casi religioso